

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CENA OFRECIDA A PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

SANTIAGO, 21 de Marzo de 1991.

Excelentísimo señor Presidente:

Es un honor y un privilegio darle la bienvenida a nuestro país, cuando nuestros pueblos viven una etapa especialmente propicia para el fortalecimiento de la histórica relación de hermandad entre Uruguay y Chile.

Nos vincula una larga tradición común. A comienzos del siglo pasado, nuestros pueblos lucharon paralelamente por el logro de su independencia. En esa gesta emancipadora aprendimos que nuestra América es capaz de unirse convocada por nobles ideales y obtener las metas propuestas. Los valores democráticos y libertarios inspiraron nuestra organización republicana, en la cual nuestras naciones alcanzaron largos períodos de estabilidad institucional de la que uruguayos y chilenos nos sentimos orgullosos.

Nobles afanes de superación cultural se encarnaron en notables progresos en el campo educacional, en el desarrollo de las artes y las letras y en una sólida vocación por el derecho. Uruguay y Chile han sido tierras de educadores, de poetas y de juristas. Y los llamados del Maestro Rodó a los jóvenes de América Latina a vencer el mezquino utilitarismo por el esfuerzo y la dignificación espiritual, encontraron terreno fecundo entre los jóvenes chilenos.

Mientras nuestras economías productoras de materias primas -ustedes carne, lana y trigo; nosotros salitre y cobre- crecían con frecuentes altibajos, serios contrastes de riqueza y pobreza fueron dividiendo a nuestras sociedades y, agudizados por absolutismos ideológicos contrapuestos, condujeron a nuestras patrias al quiebre de sus tradiciones democráticas.

Hoy, gracias a Dios, Uruguay y Chile se han reencontrado con sus tradiciones democráticas y buscando afanosamente, con coraje y prudencia al mismo tiempo -que no son virtudes contrapuestas- caminos de entendimiento en vez de confrontación avanzamos hacia el nuevo siglo con la firme voluntad de construir en nuestras

patrias sociedades en que el progreso, crecimiento y modernización se hermanen con la justicia social y la plena vigencia de la libertad y los derechos humanos para todos.

De las experiencias dolorosas que hemos vivido, aprendimos a valorizar lo que la democracia significa como forma de convivencia humana y civilizada; como también -por consiguiente- la necesidad de cuidarla con esmero.

Quienes tenemos el honor y la responsabilidad, por mandato popular, de ser los primeros servidores de nuestras naciones, sabemos bien que, como lo dijo vuestro héroe nacional José Artigas ante el Congreso de Uruguay:

"Nuestra autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en pleno goce de vuestros derechos; ved ahí el fruto de nuestras ansias y develos, y ved ahí también todo el premio de nuestro afán.

Conciudadanos: los pueblos deben ser libres, ese carácter debe ser su único objeto y formar el motivo de su celo".

En el umbral de un nuevo siglo, el mundo vive una acelerada etapa de cambios que ha reafirmado el valor de la democracia, trayendo consigo una enorme carga de esperanzas. Nuestros pueblos, que han restablecido su tradición libertaria, están ahora en mejores condiciones para enfrentar con esperanzas renovadas los desafíos del futuro.

Tenemos el deber de demostrar que en nuestro continente americano, en democracia, con todo lo que ella implica de respeto a los derechos de las personas, libertad y justicia, somos capaces de crecer económicamente hasta lograr el bienestar a que tienen derecho los habitantes de estas tierras.

Nuestro país rige su conducta internacional por los valores que tradicionalmente la inspiraron. Nuestra vocación primaria es la paz, forjada en la vigencia del derecho y en el apego a los caminos pacíficos de solución de controversias, todo ello en armonía con los principios de la carta de las Naciones Unidas y del sistema interamericano.

El mundo en que hoy vivimos registra progresos sustantivos en el campo económico. El triunfo de las economías abiertas representa un camino para nuestra región. Sin embargo, esta apertura no es incompatible con los esquemas de integración y cooperación, ni menos con el incremento de las relaciones entre nuestras naciones americanas. Al contrario, la integración se presenta como un modelo exitoso, ya que la tendencia universal marcha hacia la consolidación de grandes bloques económicos. La integración latinoamericana es un imperativo necesario para que nuestras economías puedan competir en igualdad de condiciones con otros bloques.

Chile desea enriquecer nuestro diálogo en todas sus dimensiones posibles y superar definitivamente los prejuicios que han fragmentado y aislado a nuestra región. Pensamos que este proceso integrador debe llevarse a la práctica sustentado sobre bases sólidas y no sólo en buenas intenciones, para lograr una efectiva proyección en el mundo del siglo XXI.

A fin de avanzar en ese camino, debemos predicar con el ejemplo, activando los mecanismos de concertación y cooperación diplomática, económica y cultural que poseemos, enriquecidos con nuevos aportes. Para ello debemos acentuar la búsqueda de consensos, procurando fortalecer los organismos latinoamericanos ya existentes, más que multiplicar nuevos referentes.

Señor Presidente:

Chile ha librado hermosas batallas para procurar que en su vida se encarne su amor a la libertad. Hoy trabajamos para consolidar y fortalecer el sistema democrático, caminando por senderos de verdad, justicia y reconciliación. Este es el anhelo más profundo de los chilenos y en esa tarea estamos todos, más allá de nuestras legítimas diferencias.

Valoramos su presencia en nuestra tierra como un signo de amistad fraterna. Sabemos que compartimos ideales comunes, los mismos que han inspirado la historia del Uruguay. Sabemos también que Vuestra Excelencia conoce nuestra realidad y valora el proceso que estamos viviendo.

Los contactos que sostuvimos durante mi visita a vuestra Patria con motivo de su asunción al mando y la que Vuestra Excelencia efectuó a Chile cuando asumí la función que desempeñé, sirvieron para establecer las bases de una nueva cooperación entre nuestros países.

Estoy seguro que de las jornadas de trabajo que estamos desarrollando surgirán propuestas concretas para avanzar en la perspectiva de asumir los grandes desafíos de América Latina mirando hacia el porvenir. Frente a ellos, nuestros países están llamados a desempeñar su tradicional rol moderador y a promover el entendimiento al que los convoca la historia.

Por todo ello, ha sido para mí muy grato, Excelentísimo Señor Presidente, imponeros hace unos momentos el Collar de la Orden al Mérito de Chile, condecoración instituida por el Padre de la Patria, Bernardo O'Higgins, para distinguir a los hombres notables que consagran sus vidas al servicio de los más nobles ideales de progreso y hermandad humana.

Señoras y Señores:

Os invito a que brindemos por la felicidad de nuestros ilustres huéspedes, el Presidente Luis Alberto Lacalle y su dignísima esposa, por nuestra hermana República Oriental del Uruguay y por la histórica y creciente amistad entre Uruguay y Chile.

* * * * *

SANTIAGO, 21 de Marzo de 1991.

MLS.